

RETIRO DE FRATERNIDAD

Con el corazón y la mente vueltos al Señor



OFM
Inmaculada Concepción

ORACIÓN Y TRABAJO (Lc 10,38-42)

Hay una frase de Terencio que nos puede servir como punto de partida en este retiro: “Soy humano y nada humano me es ajeno”. Los hermanos menores, somos hijos de nuestro tiempo y, como recuerda el Concilio Vaticano II a todos los cristianos en las primeras líneas de la “Gaudium et spes”: “Los gozos y las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”. (GS 1)

Los franciscanos no somos ajenos a los vaivenes de la historia y estamos sometidos a las leyes de la naturaleza humana, que en buena medida tienen un ritmo pendular. En la Iglesia esta realidad la experimentamos en la polarización que se da periódicamente, bien hacia una espiritualidad intimista y desencarnada, bien hacia una actividad frenética y desmedida. Hay frecuentemente una dificultad grande para llegar a formular una síntesis que es, por otra parte la que descubrimos en Jesús de Nazaret, en Francisco de Asís y en tantos hermanos nuestros, santos y santas, testigos creíbles y autorizados del vivir cristiano. Pero nuestra vida personal y fraterna corre el peligro de deteriorarse si no estamos atentos a los riesgos que continuamente debemos afrontar. Por una parte, el riesgo de «apagar el espíritu de la santa oración y devoción» por el excesivo activismo; por otra, el riesgo también de no responsabilizarnos del trabajo, que también es un don y gracia del Señor.

En este contexto hay un texto de san Francisco clave, tanto por su contenido como por su influencia en la historia de la Orden desde su origen hasta nuestros días, particularmente en toda verdadera reforma o renovación franciscana. Además de que ha sido siempre un criterio fundamental de nuestra vida espiritual: *Los hermanos a quienes el Señor ha dado la gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente, de tal suerte que, desechando la ociosidad, enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, al cual las demás cosas temporales deben servir* (Rb 5,12).

Para Francisco, el trabajo, como cualquier otro bien, es una gracia, o sea, un don, una obra del Señor; y para responder a esa gracia, o sea, para seguirla, debemos trabajar fiel y devotamente. Trabajando así, «en la gracia» y «con la gracia» o en virtud de la misma, se evita la ociosidad y no se apaga el espíritu de la santa oración y devoción.

El criterio es sencillo y, en el fondo, transparente y clarísimo: quien sigue la gracia del trabajo, trabajando en gracia e impulsado por ella, necesariamente trabajará fiel y devotamente; en consecuencia, le resultará imposible apagar el espíritu de oración y devoción. En efecto, la gracia, don de Dios, en cuanto acción de Dios en nosotros, no puede anular ni impedir el espíritu de oración y devoción. Esto implicaría una verdadera contradicción: la gracia que anula o impide la gracia, la obra de Dios. Pero también hay que aclarar lo contrario: el trabajo, en la medida en que impide o anula el espíritu de oración, no es obra de la gracia, sino de un amor propio o egoísta como, por ejemplo, la vanagloria, el propio provecho, etc. En tal caso, quien actúa en mí, en nosotros... no es la gracia del trabajo sino, como diría Francisco, el espíritu de la carne, nuestro querido «yo».

A veces, los autores y traductores, tras las palabras de Francisco “*no apaguen el espíritu*” (Rb 5,2), citan el texto de san Pablo en el que el Apóstol habla de “*no apagar el Espíritu Santo*” (1Tes 5,19). Y ciertamente el espíritu de oración es obra, inspiración, don del Espíritu Santo que nos hace orar como hay que hacerlo: “*Nadie puede decir: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo*” (cf. 1Cor 12,3)” (Adm 8). Está claro igualmente que la gracia del trabajo, lejos de apagar el espíritu de oración, lo “sirve” y refuerza, como don de Dios, de modo que todas las demás cosas: la predicación, el estudio, el trabajo, cualquier obra externa material o espiritual y las mismas oraciones..., estén realmente al servicio y para provecho de ese mismo espíritu de oración y devoción, o consagración-dedicación a Dios y al prójimo.

Con este criterio o principio, partiendo de la gracia del trabajo y del espíritu de oración, o en otras palabras, de una única acción o inspiración de Dios en el trabajo y en la oración, Francisco garantiza la unidad fundamental de la vida activa y de la contemplativa, por cuanto ambas se basan sobre la misma y única acción-gracia de Dios y del Espíritu Santo, el único que dice y hace todo bien en nosotros.

No conviene olvidar que en este texto de la Regla bulada no se trata de las oraciones o prácticas externas de devoción, sino del *espíritu* de oración, “**al que deben servir las demás cosas temporales**” (es decir, las hechas por nosotros en el tiempo y en el espacio o lugar de este mundo, como ejercicios humanos externos) y al que Francisco da la primacía en la vida espiritual. Me parece que es importante hacer una distinción precisa: quien vivifica, quien da vida “espiritual” es el espíritu y no una cierta cantidad de oraciones como tales. Ese espíritu de oración y devoción es el que inspira y anima no sólo toda verdadera oración, sino también toda verdad

Puesto que los hermanos de la Provincia, también aquellos a quienes el lenguaje en uso considera “jubilados”, estamos implicados en innumerables trabajos y actividades, vamos a dedicar esta jornada de retiro a dar algunas pistas prácticas que nos ayuden a vivir unificadamente la oración en medio de las actividades que nos ocupan y preocupan.

• Trabajo y oración

► **Trabajo como obligación monacal.** En la historia de la vida religiosa occidental, claramente animada por san Benito y su Regla, vemos que el trabajo era para los monjes un quehacer y una obligación de carácter positivo que manifestaba su responsabilidad ante Dios y ante el monasterio, además de que el trabajo tenía también la función de emplear adecuadamente el tiempo del monje. Ante todo es la oración, luego el trabajo; por ello, el trabajo viene a ser un elemento fundamental del equilibrio existencial del monje.

► **Trabajo como misión eclesial.** Con la aparición de lo que hemos dado en llamar vida religiosa apostólica, nos encontramos con un planteamiento nuevo. La idea del trabajo como medio de sustento y como obligación permanece viva; pero predomina una nueva percepción: el trabajo del religioso consiste, no tanto en una ocupación de tipo material y profesional cuanto en una misión evangelizadora y pastoral dentro de la Iglesia.

► **Trabajo como profesión social.** A nivel social, el trabajo comporta al menos dos exigencias: la competencia empresarial en el sentido de competición y la competencia personal en el sentido de capacitación para el trabajo. De ahí el principio fundamental de la racionalización del trabajo. No cabe duda que, al menos la civilización occidental secular, hace prevalecer esa forma de entender y de vivir el trabajo. En este sentido, un planteamiento correcto de la oración desde la inserción en el trabajo profesional deberá partir de la compenetración de la doble concepción del trabajo: como misión -responsabilidad ante Dios- y como profesión -responsabilidad ante la sociedad-.

¿No está aquí en juego la superación de la esquizofrenia que a veces nos amenaza entre trabajo profesional y expresión de nuestra vida de oración? Especialmente allí donde se vive en un mundo secularizado y percibimos la tendencia a realizar nuestra vocación franciscana en la implicación de una profesión laboral. Se trata de un modo importante de inserción e integración en la sociedad actual, que se inspira en las Fuentes Franciscanas y en nuestra legislación:

Los hermanos, en cualquier lugar donde estén sirviendo o trabajando en casa de otros, no sean administradores ni provisosos, ni estén al frente de las casas de aquellos a los que sirven... Los hermanos que saben trabajar, trabajen y ejerzan el arte que conozcan, siempre que no vaya en contra de la salvación de su alma y pueda realizarse honestamente... (Rnb 7, 1.3; cf. Rb 5, 2)

Dondequiera que se hallen los hermanos y cualquiera que sea la actividad que realicen, dedíquense a la tarea de la evangelización..., bien sea en la sociedad humana, por medio de las actividades intelectuales y materiales..." (CC.GG. 84)

• Buscando un equilibrio a la luz de Lc 10, 38-42

El episodio de Jesús acogido hospitalariamente en Betania por Marta y María, tal como se narra al final del capítulo 10 de Lucas, no supone ciertamente, como tantas veces se ha visto en el pasado, una oposición entre oración y servicio, alabando aquella en detrimento de éste. Vamos a acercarnos al relato evangélico para encontrar en él luz que nos ayude a vivir la aparente síntesis de contrarios que se da entre vida de oración y trabajo/acción evangelizadora y pastoral.

«Yendo de camino entró Jesús en un pueblo en un pueblo. Y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Tenía ésta una hermana de nombre María, que se sentó a los pies del Señor para escuchar su palabra. Marta, en cambio, estaba muy ocupada con los muchos quehaceres. En cierto momento se acercó a Jesús y le preguntó: ‘Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola en los quehaceres? Dile que me ayude’.

Pero el Señor le respondió: ‘Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas; sin embargo, sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y no se le quitará’» (Lc 10,38-42)

El episodio de Marta y María pretende ayudar a los cristianos de la comunidad lucana, y en ellos a todos nosotros, a descubrir la unidad entre lo que hacen (es decir entre su servicio ministerial en las diversas facetas en que se realizaba), y lo que es imprescindible que haya en su corazón (es decir, la escucha de la Palabra, la dimensión orante y contemplativa).

Yendo de camino, entró Jesús en un pueblo, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa (v. 38). Marta aparece aquí como un ama de casa, una persona bastante dinámica, dispuesta y acogedora. Sabemos además, sobre todo por el evangelio de Lucas, que Jesús mantenía una colaboración con cierto número de familias y, en concreto, de mujeres.

Tenía ésta una hermana de nombre María que se sentó a los pies del Señor para escuchar su palabra (v. 39). María está sentada; en el antiguo pueblo de Israel ésta era la postura típica del discípulo. Era algo ciertamente insólito en las mujeres, porque entre los hebreos no se explicaba la Ley a las mujeres. La tradición verbal de los Rabinos nos ha transmitido algunas expresiones que ilustran muy bien el lugar que las mujeres ocupaban en la estructura social hebrea y en el mundo religioso: “te doy gracias, Señor Dios, porque no me has hecho ni esclavo, ni pagano, ni mujer” y también: “es preferible echar a los cerdos el libro de la Ley, antes que ponerlo en manos de una mujer”.

Con este hecho insólito, san Lucas pretende poner de manifiesto que María ha comprendido una cosa fundamental: Jesús es el Mesías; su venida es la plenitud del cumplimiento de las promesas hechas por Dios a los antiguos patriarcas; Él es verdaderamente el Emmanuel -Dios con nosotros-, y si Dios pasa a nuestro lado, es necesario pararse y ponerse a escucharle.

La figura de María en actitud de sosegada escucha adquiere unas características marcadamente catequéticas. María aprovecha el momento de la escucha y lo hace con unas formas que en el evangelio según san Lucas se presentan frecuentemente como distintivas del verdadero discípulo.

He aquí las principales citas que se refieren a la escucha en el evangelio de Lucas:

María, por su parte, observaba cuidadosamente todos estos acontecimientos y los guardaba, meditándolos en su corazón. (2,19)

(Jesús) volvió con ellos a Nazaret, y vivió obedeciéndolos. Su madre guardaba fielmente en su corazón todos estos recuerdos. (2,51)

Cierto día había mucha gente que se agolpaba alrededor de él para escuchar la palabra de Dios... Subió a una de las barcas, que era la de Simón... Cuando terminó de hablar dijo a Simón: 'Rema mar adentro y echa las redes para pescar'. Simón respondió: 'Maestro, hemos trabajado toda la noche sin pescar nada; pero ya que tú lo dices (por tu palabra), echaré las redes. (5,2-5)

Lo que está en buena tierra son los que reciben la palabra con un corazón noble y generoso, la conservan y producen fruto por ser constantes. (8,15)

Fijaos bien, por consiguiente, en la manera como escucháis; porque al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener. (8,18)

Pero Jesús respondió: 'Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y ponen en práctica. (8,21)

Pero Jesús contestó: 'Felices sobre todo los que escuchan la palabra de Dios y la practican. (11,28)

Se dijeron uno al otro: '¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? (24,32)

Estos rasgos, que de una manera esquemática reúne en su actitud María, la hermana de Marta. Indican, en la intención de Lucas, la importancia que en el discípulo tiene la escucha para poder recibir con fruto la Palabra en el corazón.

En este contexto podemos afirmar tajantemente que no hay más que un absoluto: la Palabra del Señor; y sólo ella merece llegar hasta el fondo del corazón (= la dimensión más profunda e íntima de la persona); y ahí, en el corazón, hará nacer algo nuevo: puede hacer nacer una determinada acción, un determinado modo de vivir; puede hacer que nazca también, por lo tanto, el servicio.

He aquí por qué María, en el momento en que Jesús de Nazaret pasa por su casa, se sienta y escucha con el corazón.

Mientras Marta, en cambio, estaba muy ocupada con los muchos quehaceres (v. 40). Después de hacerlo con María, Lucas nos presenta a Marta. Marta parece no haber captado la importancia de la escucha, a la que se dedica María, y está legítimamente ocupada en hacer los preparativos necesarios para ofrecer una hospitalidad decorosa y digna a un huésped "muy especial".

Sin consideramos atentamente los términos que utiliza Lucas en su relato, nos damos cuenta de que el evangelista no intenta, en última medida, describir una escena familiar del mundo oriental en la que el ceremonial de que rodeaba la acogida de un huésped era algo muy importante, sino que trata de reflejar una situación de carácter eclesial.

Nuestras traducciones dicen de Marta que “estaba muy ocupada”, pero lo que Lucas ha escrito textualmente es que “*daba vueltas entorno*” o también podríamos decir “*daba vueltas en vacío*”. Es decir, estaba de tal manera absorbida por las cosas que al final se encontraba dividida.

Por lo que se refiere a “*los muchos quehaceres*”, el término griego usado es el de “*diaconía*”; esta palabra, de suyo, indicaba, antes que nada, el servicio a la mesa; pero sabemos también que en las primeras comunidades cristianas, por ejemplo en la de Jerusalén, el término “*diaconía*” se aplicaba técnicamente a la atención y el servicio a los pobres.

Si leemos la segunda parte del evangelio según san Lucas, es decir, los Hechos de los Apóstoles, en el capítulo 6,2: *los Doce reunieron a la multitud de los discípulos y les dijeron: ‘No es conveniente que descuidemos la palabra de Dios por el servicio de las mesas’*. veremos que este problema era grave en la iglesia de Jerusalén. En la comunidad no se daba con el equilibrio adecuado entre la escucha de la palabra de Dios y el servicio indispensable que había que prestar a los pobres. Fue necesaria la intervención autorizada de los Apóstoles, porque no era posible que se vieran absorbidos por la acción caritativa dejando en segundo plano aquello que es la fuente y la raíz del servicio en la Iglesia: la escucha de la Palabra.

Volviendo al episodio de Marta y María, ved cómo Marta se adelanta y, en cierta manera, protesta, porque quisiera que su hermana estuviera allí a su lado, compartiendo la fatiga del servicio.

A simple vista, según el texto lucano, en Marta parece prevalecer el simple sentido concreto de las cosas: había que preparar la cena. Pero, en realidad, la cosa es un poco más compleja. El problema de fondo, y problema grave, es que Marta está sobrevalorando su servicio e infravalorando el tiempo de la escucha, a la que María se consagraba en aquel momento.

Pero el Señor le respondió: ‘Marta, Marta, tú te afanas y te preocupas por muchas cosas... (v. 41) Los dos verbos usados son muy importantes y aparecen con frecuencia en el evangelio según san Lucas y en los escritos paulinos. “Afanarse” y “preocuparse” conllevan una connotación de ansiedad; expresan la agitación interior de quien se ve solicitado por todas partes por las cosas exteriores, que tiran de él con una fuerza centrífuga. En nuestro lenguaje podríamos decir simplemente que Marta vive de forma “excéntrica”; que está profundamente escindida y que carece de un centro interior fuerte que unifique su persona.

...Sin embargo, sólo una cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte y no se le quitará (v. 42). ¿Cuál esa “única cosa” de la que tenemos verdaderamente necesidad? La única cosa necesaria, el único absoluto es la Palabra misma de Dios. Sólo la Palabra de Dios –Cristo- puede llegar en profundidad al interior del discípulo y hacer que nazca en él el sentido auténtico del Reino; más tarde, desde aquí, sabrá reencontrar la unidad entre todas las cosas que también deben ser llevadas a cabo.

Quiere decir, concretamente, que el primer puesto es para la oración, para la escucha amorosa de la Palabra, y no para las cosas. Esa es la parte mejor. En el episodio que nos ocupa, esto viene indicado por el momento de la escucha que María consagra por entero al Señor que visita su casa; pero el término usado es mucho más rico y profundo y va más allá de la situación de aquella visita ocasional.

“La parte” es un término que tiene hondas raíces y resonancias bíblicas. “La parte” indica siempre lo que hace vivir, aquello de lo que una persona puede vivir; la herencia que permite a una persona sostenerse y afrontar el futuro con un cierto optimismo:

*Yahvé, la parte de mi herencia y de
mi copa, tú mi suerte aseguras;
la cuerda me asigna
un recinto de delicias,
mi heredad es preciosa para mí.*
(Sal 15,5-6. Biblia de Jerusalén)

*El Señor es el lote de mi heredad y
mi copa,
mi suerte está en tú mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.*
(Sal 15,5-6. Liturgia de la Horas)

*Mi porción (mi parte), he dicho,
es guardar tus palabras, Señor.*
(Sal 118, 57)

Aquí, la parte mejor significa la escucha, mucho más que la preocupación material y la asistencia a Jesús. María escogió la mejor parte, porque escogió lo que puede hacerla vivir, lo que le ofrece una razón para vivir, una razón para dedicarse al servicio. No se trata, pues, de oponer, oración/contemplación y acción/trabajo.

El pasaje que nos ocupa lo que hace es presentar la unidad de vida que todo discípulo, que por el hecho de serlo, es ya apóstol y evangelizador, está llamado a realizar progresivamente en sí mismo. Se trata de la síntesis entre la escucha de Cristo y el trabajo. Cuando surjan dificultades o conflictos en la elección, Lucas nos dice que la última palabra le corresponde a la escucha, a la Palabra, al absoluto, a la única cosa necesaria, a la única realidad que puede transformar el corazón del discípulo, que puede darle un corazón de siervo.

Jesús no elogia, por tanto, a María porque se mantenga aparte o porque no trabaje; la elogia porque su modo de vivir comprende esta unidad. En el corazón mismo del cristianismo hay silencio y escucha. No puede haber evangelización sin una fuerte dimensión contemplativa en la vida de los evangelizadores.

Si el silencio es indispensable para la salud física y el equilibrio psicológico del ser humano, lo es aún más para el anunciador de la Buena Noticia, si no quiere acabar quedando vacío, anunciándose a sí mismo y dando alocadas e inútiles vueltas. Esto es lo que Marta y María revelan a la Iglesia en este episodio.

Para nosotros, franciscanos, debe afianzarse cada vez más la certeza de que nuestro servicio evangelizador y toda y cada una de nuestras actividades no pueden nacer más que de la escucha prolongada y renovada de la Palabra de Dios, en la contemplación amorosa del Dios revelado en su Palabra. Sólo entonces el trabajo es auténticamente evangelización.

Preguntémonos qué puesto concreto y real ocupa la escucha de la Palabra de Dios en nuestra vida. Qué lugar ocupa en ella la oración personal, silenciosa, contemplativa (no sólo la oración litúrgica); sin olvidar también que no es posible vivir una escucha verdadera, sencilla y sincera de la Palabra de Dios ni caminar por la senda de la oración, si no estamos sostenidos por una seria disciplina de vida. Se requiere un cierto orden de vida, un determinado silencio interior. Si en nuestra vida personal y comunitaria, trabajamos, y trabajamos bien, pero tenemos miedo al silencio –porque también nosotros, cuando estamos en silencio, recurrimos a la televisión, a la radio, a los periódicos y revistas, a navegar en internet...–, al final la Palabra ya no encontrará acogida real en nosotros.

Nuestro mundo nos necesita: Necesita hombres y mujeres que han hecho de la dimensión contemplativa -sin ningún género de dudas- la prioridad que oriente y anime su vida. El modo como buscamos y vivimos la presencia de Dios en la vida de cada día determinará nuestro estilo concreto de vida, nuestra manera de trabajar y nuestras actividades apostólicas y pastorales. Como primera gran expresión del seguimiento de Cristo, es necesario revitalizar incesantemente nuestra experiencia espiritual, prestando atención a la densidad que algunos lugares y momentos tienen en la existencia cotidiana.

Para la reunión de la fraternidad

- Comentar en fraternidad las repercusiones de las actividades pastorales y del trabajo profesional en nuestra vida de oración diaria personal y comunitaria, aspectos positivos y negativos, ventajas, riesgos, peligros que acechan, etc.
- Dialogar en fraternidad sobre el activismo que está detrás de tantos compromisos pastorales, o bien sobre la desocupación y la «ociosidad» de algunos hermanos. Evaluar sus repercusiones en la vida de oración.
- Dialogar y discernir en fraternidad sobre una frase que hoy se sigue escuchando: **«el trabajo es oración»**, significado, repercusiones...
- En la Regla, San Francisco nos pide estar atentos a *«no apagar el espíritu de la santa oración y devoción a cuyo servicio deben estar las demás cosas temporales»* (RB 5,2). ¿Por qué Francisco dijo esto? ¿Cuáles son algunas de las formas de apagar el espíritu de oración y devoción?